

de no retorno en el que, agotada cualquier posibilidad de compromiso, el destino de la vanguardia y el de sus protagonistas coinciden en un acto paradigmático. Al eclipse de la obra le sigue entonces, como inexorable consecuencia, la desaparición del autor o su retiro de la escena artística: la alternativa, en suma, está entre la muerte y el silencio. Se puede ver precisamente en el caso de Duchamp, quien a la temprana edad de veinticinco años abandonó la pintura (al menos en la acepción tradicional del término).

Justo en esta negación, sostiene Paz, está el comienzo de su verdadera obra, “una obra sin obras”: ningún cuadro —con excepción de *El gran vidrio*—, algunos *readymades*, pocos gestos y un vasto silencio. Todo esto porque, según Duchamp, la repetición del acto produce una degradación inmediata, o sea, una recaída en el mismo “gusto” dejado a un lado por el *Égouttoir*. Es decir, al limitar el número de intervenciones propias, él pretendía exaltar el gesto contra la gesticulación, la unicidad del signo contra su mercantilización, o sea, nota Paz recurriendo a una espléndida imagen, el objeto-dardo contra el artefacto inofensivo.

¿Cómo explicar la coexistencia, en un mismo autor, de intereses tan diversos como el de la vanguardia histórica, por un lado, y Sor Juana Inés de la Cruz, por el otro?

3

En la relación dieciochesca del padre Diego Calleja se lee que la Ciudad de México, antigua capital de la Nueva España, se levantaba a doce leguas de dos cimas casi contiguas, una siempre cubierta de nieve, la otra permanentemente en llamas. A pesar de su diversidad, los montes conciliaban sus contrarios en un clima benigno, encantador como una primavera. En sus faldas estaba situada una gran hacienda, conocida con el nombre de San Miguel de Nepantla. A mitad de camino entre el calor y el frío, por lo tanto, nació Sor Juana, el primer gran escritor del Nuevo Mundo. No *Bajo el volcán*, para parafrasear la obra maestra de Malcolm Lowry, sino en cierto modo bajo dos volcanes, opuestos y complementarios igual que ciertas parejas de divinidades precolombinas: es aquí que se origina, entonces, la literatura mexicana.

Incluso en sus más intensos arranques esta poeta tersa, mental, luminosa, resulta completamente ajena a la furia magmática, al desorden pánico, a los horrores cantados en el México de Lowry. Las llamas que la consumen son aquellas de la escritura, no de la exaltación, y cuando, como Empédocles, imagina el suicidio, su cráter se transforma en tintero, “la hoguera / donde tengo que quemarme”. El primer elemento que resalta es entonces ese contraste entre una obra doctísima, irónica, afilada, y una biografía apasionada, trágica, “romántica”. Luego de una infancia de pobreza, transcurrida en el seno de una familia inquieta e irregular, la extraordinaria joven entra en un convento, el único lugar que le habría permitido desarrollar su vocación literaria. En este ambiente tiene lugar el trasvase de la gran cultura española del Siglo de Oro en su avatar mexicano.